



Peter Brook

Las tablas y su pasión

PETER BROOK

Más allá del espacio vacío
Traducción de Eduardo Stupia.
Alba, Barcelona, 2000.
408 páginas, 3.175 pesetas.

EL caso de Peter Brook es por demás curioso, personaje del mundo de la escena, y de algo más de la escena, a medio camino entre el gurú y el excéntrico, semipúblico, semisecreto, entre el autor de masas y el autor para iniciados, ineludible si se quiere hablar del teatro de los últimos cin-

uenta años. Sus memorias recientemente publicadas revelaban a un creador potentísimo, de curiosidades plurales, un buscador nato, un buscador del drama, de las fuerzas y posibilidades ocultas que tiene el ser humano; a un viajero en pos de un conocimiento verdadero que ataña a la raíz de la existencia misma, incómodo, inconformista, poco o nada convencional, desasosegado en busca de sosiego. En esta recopilación de textos a todas luces marginales, escritos desde los márgenes me refiero, que es *Más allá del espacio vacío*, se pueden encontrar paso a paso testimonios de sus obras y empeños más conocidos, las óperas

Carmen, Oneguín, Salomé, las películas *El señor de las moscas, US, El Rey Lear, Moderato Cantabile*, los montajes teatrales *El sueño de una noche de verano*, que hicieron época y de los que queda un perfume, un aire, y también los personajes, otros autores, otros actores, otros directores, relacionados de cerca o de lejos con el teatro, con su teatro, con sus inaplacables inquietudes vitales, como Antonin Artaud o Peter Weiss o Jan Klott (a quien dedica un brillante artículo) o el mismo Bertolt Brecht. Son las suyas reflexiones que exceden en mucho a las que conciernen a las obras en concreto, se dirigen al arte de la escena, al

arte a secas, y a algo más, a la vida misma, sabiendo que ésta se desarrolla en una suerte de teatro isabelino en el que estamos todos (*totum mundum agit histrionem*), ese espacio en el que escena y público se confunden de una manera extraordinariamente enriquecedora, o bien reflexiones en torno a la persona, actor de sí mismo, como sucede con un texto muy sugestivo titulado «La máscara» y subtítulo «Salir de nuestro caparazón».

Peter Brook viajero en África o en Australia (espléndidas notas de su trato con los aborígenes y su sistema de historias fundacionales), en unos lugares y de una manera que nadie emprendería, hombre de escena, ciudadano del mundo o tal vez sería mejor decir ciudadano de un mundo ubicuo: Brook curioso de las doctrinas teosóficas de Gurdjieff (a quien dedicará una película). Brook es alguien que está en el camino, alguien que no se conforma, que busca sin descanso, que se plantea preguntas para poder tener respuestas que buscar, en un juego en el que se lo juega todo y que le mantiene vivo.

Más allá del espacio vacío es un mapa, un mapa literario intelectual, de una aventura o mejor de una pasión intelectual.

Leyendo a Peter Brook he recordado las palabras de un amigo, hombre de teatro, cuando me dijo que para saber de uno mismo, nada como acercarse a ese mundo de pasiones y de ilusión, a partes iguales, de máscara y de descaro.

Miguel Sánchez-Ostiz

Últimas secuencias del presente

JENARO TALENS

El sujeto vacío.
Cultura y poesía en territorio Babel
Cátedra / Universidad de Valencia.
Madrid, 2000.
429 páginas, 2.500 pesetas.

ESTE libro no es sólo una reunión de algunos de los ensayos escritos por Jenaro Talens (Tarifa, 1946) en los últimos veinticinco años; es, principalmente, un acta fiel de la configuración que tiempo y escritura han hecho del discurso estético de este poeta, profesor y ensayista. En un entorno académico, intelectual o mediático en el que cualquier *dispersión* respecto del objeto de estudio se traduce de inmediato en recelo o en sonrisa cómplice, Talens nos habla aquí de crítica literaria, traducción, poesía, narrativa, cine, música *rock*, de la era electrónica o del futuro —tan debatido o, al menos, repetido de las Humanidades: la novela picaresca, Cervantes, Espronceda, Lorca, Juan Ramón, Beckett, poetas contemporá-

neos del autor (Leopoldo María Panero, Martínez Sarrión, Sánchez Robayna) comparten, pues, espacio textual con el cine de Buñuel o Keaton, la música de Santiago Auserón o los síntomas de esta era informática.

Puede que semejante presentación lleve a algunos lectores a un gesto displicente y a cierta sorna interna (*ya, los Estudios Culturales*); pero quizá a otros les haga ver cómo la aparente heterogeneidad de los textos que componen el texto no es tal (ni aparente ni heterogeneidad), y no sólo explica la conformación de un discurso teórico y estético a la que antes aludía, sino también cómo en su totalidad el libro —su autor— no se rige por el principio de la disección sino por el de la comprensión. Pero, claro, es éste un tiempo en el que como escribe Ta-

lens «el impacto de un discurso no reside en la propia argumentación, sino en la instantaneidad de un enunciado»; lo cual nos lleva a la amarga conclusión —en momento alguno fatalista— de que el carácter diferido de la teoría escrita hace de ésta, cada vez más, un producto destinado a cada vez menos lectores: en definitiva, es como volver a una Edad

Media en el orden de la extensión cultural y de su recepción. Podemos atrincherarnos, ante análisis culturales como el que aquí se nos presenta, en razones que desestimen los juicios aducidos negando un supuesto carácter «científico» y reconociendo, sólo, un singular carácter «creativo»; de practicar tal escorzo de salvación ficticia, no haremos más que sumarnos gozosamente al caos que está determinando el caos de los signos.

Talens se pregunta por el lugar de la Teoría tras el «fin de la Historia» sancionado por Fukuyama, y reinterpretado en una suerte de nueva Fe de la salvación individual alimentada por actos individuales pero hijos de una era de clones. El libro se lee con ciertas dosis de tristeza que van ocupando el pensamiento: hay en sus páginas un esfuerzo (no sé si último) por comprender, explicar, integrar o abrazar *el mundo en que vivimos*; se trata de un esfuerzo abnegado —como heredero que es de un lejano ya episodio de la modernidad—, que bien pudiera sellarse sobre los volúmenes de lo que fue la *Enciclopedia* de la Ilustración francesa. El referente, ahora, es «una cultura que ha pasado del arado a Internet casi sin transición, saltándose las etapas intermedias». No podemos olvidar, para concluir, que una de las *seis propuestas* (más bien habría llamarlas ahora *profecías*) que para este milenio hizo Italo Calvino fue la de la «rapidez», y que no es ésta la velocidad física, «sino la relación entre velocidad física y velocidad mental».

José Francisco Ruiz Casanova

